

## LA POLITICA EN BRASIL Y ARGENTINA ENTRE 1955 Y 1966

Ponencia presentada a un seminario organizado en Rio de Janeiro por el Instituto Rio Branco, 1998.

"Una revolución requiere partido revolucionario, jefes revolucionarios y mito revolucionario, por un lado, y la ocasión, por el otro. Nosotros tenemos el Jefe revolucionario y el mito revolucionario: Perón. A través de la unificación y la labor organizativa estamos creando la fuerza revolucionaria. Después aprovecharemos la ocasión".<sup>1</sup>

"Entre la Biblia y El Capital, el PSD se queda con el Diario Oficial".<sup>2</sup>

El año 1955 fue particularmente pivotal, tanto para Argentina como para Brasil, por diversos y aún opuestos motivos. En la Argentina un golpe volteó al gobierno formalmente constitucional, aunque cada vez más autoritario, de Juan D. Perón. En Brasil en cambio fue posible evitar una intervención militar parecida, que quería evitar la continuación del régimen del desaparecido Getúlio Vargas, tildado también de autoritario populista, y poco respetuoso de las necesidades de la acumulación de capital.

Las figuras de ambos dirigentes habían comenzado a converger en 1945, y más aún en 1951 al retornar Vargas democráticamente al poder. En 1954, con su suicidio, los caminos se bifurcaron, sin por eso marcar un abismo demasiado grande entre ambos movimientos. Las diferencias existentes son resultado de las distintas estructuras sociales de ambos países, que determinan una constante renovación del electorado obrero urbano brasileño, con la consiguiente menor cristalización de memoria histórica a ese nivel (en contraposición con lo que ocurre en el campo de las elites).

El hecho es que hoy el varguismo ya no existe, mientras que el peronismo perdura, aunque cambiado. Por otra parte, Vargas es una figura histórica poco discutida, y las avenidas que llevan su nombre no producen escozor en quienes las transitan, a diferencia de lo que ocurre con las que recuerdan el nombre del político argentino o de su esposa. Perón dejó una cantidad de libros en que desarrolla su doctrina, mientras que Vargas, aparte de sus discursos, prácticamente sólo dejó un muy interesante Diario íntimo, y una familia -- en el sentido estricto y en el más amplio de la palabra -- que se ocupa de que ante su tumba se celebren los ritos correctos.<sup>3</sup>

---

<sup>1</sup>. John William Cooke, en *Correspondencia Perón-Cooke*, 14/11/57, reproducido en Richard Gillespie, *J.W. Cooke: el peronismo alternativo*, Buenos Aires, Cántaro, 1989, p. 53.

<sup>2</sup>. Dicho por Tancredo Neves, según Lucia Hippolito, *De raposas e reformistas: o PSD e a experiencia democrática brasileira*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1985, p. 37.

<sup>3</sup>. Getúlio Vargas, *Diário*, 2 vols, Rio de Janeiro, Fundação Getúlio Vargas, 1995; Alzira Vargas do Amaral Peixoto, *Getúlio Vargas, meu pai*, Porto Alegre, Globo, 1960; Valentina da Rocha Lima y Plínio de Abreu Ramos, *Tancredo fala de Getúlio*, Porto Alegre, L&PM Editores, 1986.

### La herencia varguista, primera parte: "¡enrichissez-vous!"

Vargas había decidido apelar al acto supremo del suicio, en 1954, para evitar el golpe de Estado que estaba ya prácticamente planteado, y además generar una convulsión social de magnitud, como para que sus enemigos "se acordaran de él". La convulsión social no se dio, pero el golpe se evitó. De todos modos, fue necesaria otra intervención armada, esta vez preventiva, para evitar que ese golpe antivarguista que estaba en el aire se materializara. El vicepresidente Joao Café Filho, accedido a la Primera Magistratura, estaba demasiado influenciado por los enemigos de Vargas, que no querían desperdiciar la ocasión para iniciar un régimen distinto, imitando en eso a los sucesos argentinos. Pero las fuerzas "nacionalistas" en las Fuerzas Armadas eran suficientemente fuertes como para que uno de sus jefes, el Gral Henrique Teixeira Lott, diera un golpe preventivo, desalojando de las cercanías del poder a quienes querían alterar el orden constitucional.

Es así que a fines de 1955, cuando correspondía, se realizaron las elecciones. La alianza varguista clásica, del Partido Social Democrático (PSD) y del Partido Trabalhista Brasileiro (PTB), se mantuvo, llevando en primer lugar al muy moderado y desarrollista Juscelino Kubitschek, "el Frondizi Brasileño", y en segundo lugar, para contentar a los militantes trabalhistas, a Joao Goulart, el verdadero delfín del último Vargas. La Derecha, unificada tras las banderas de la Uniao Democrática Nacional (UDN), juntó bastantes votos para un candidato de prestigio, Juárez Távora, pero cayó derrotada. Como siempre, hubo otros candidatos, básicamente regionalistas, como Adhemar de Barros, dueño del Partido Social Progressista (PSP), fuerte en Sao Paulo, estado que no le podía perdonar a Vargas haberlo aplastado en su rebelión constitucionalista de 1932.<sup>4</sup>

Es significativo que Vargas, a diferencia de Perón, nunca pudo unificar a los dos partidos que creó en 1945, y no porque no quiso, sino porque no pudo, o no quiso porque sabía que no podía. Ambos partidos tenían nombres tomados de la experiencia socialdemócrata europea. Para el sector popular urbano, apenas sindicalizado, y eso en estructuras mucho más dependientes del gobierno que las argentinas, había formado el PTB; para los notables locales, sobre todo de los estados más periféricos, a menudo sólidamente conservadores aunque resentidos contra el dominio centralista, organizó el PSD, cuya sigla, a diferencia de la del PTB, era un mero nombre de fantasía.<sup>5</sup> De esos dos partidos varguistas, casi permanentemente aliados durante el periodo democrático que se extendió hasta 1964, el que obtenía más votos era el PSD, dadas las características del electorado nacional. Pero en cada comicio, con el aflujo de gente a las ciudades, el peso del PTB aumentaba, y los sectores radicalizados en su seno se volvían más activos. De todos modos, la alianza PSD-PTB era en algún sentido un equivalente del PRI mexicano, o del Partido del Congreso en la India, o sea de un partido de integración policlasista, aunque con dos cabezas, y sin una revolución previa.

La orientación del PTB hacia la izquierda había sido impulsada ya por el último Vargas, cuando en su campaña por volver al poder en 1950 afirmaba que había dos formas de democracia, una de las cuales era la "liberal y capitalista (...) basada en la desigualdad",

---

<sup>4</sup>. Mário Beni, *Adhemar*, Sao Paulo, Grafikor, s/f; Maria Vitória Benevides, *A UDN e o udenismo*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1981; Edgard Carone, *O PCB*, 2 vols, Sao Paulo, 1982.

<sup>5</sup>. Lucia Hippolito, *De raposas e reformistas: o PSD e a experiência democrática brasileira, 1945-64*, Rio, Paz e Terra, 85; Angela de Castro Gomes, *A invenção do trabalhismo*, Sao Paulo, Vértice/Iuperj, 1988; Edgard Carone, *Movimento operário no Brasil, 1877-1944*, Sao Paulo, Difel, 1979.

mientras que la otra era "la democracia socialista, o democracia de los trabajadores", por la que combatiría en beneficio de la colectividad.<sup>6</sup> Por el momento, estas tendencias eran latentes, aunque pocos años más tarde tendrían una explosión que desestabilizó al sistema.

Kubitschek inauguró un gobierno de desarrollo (1956-1961) que bien podría haber repetido el dicho de Luis Felipe a los empresarios franceses: "¡Enrichissez-vous!" La intervención del Estado se efectuó con eficacia, se abrieron las puertas al capital extranjero en áreas determinadas, manteniendo altas las barreras proteccionistas, y una política de negociación permitió asegurar una bastante marcada paz social durante su gestión. Empezaba Brasil a parecerse a un "tigre asiático", fenómeno que por cierto antecede al más conocido de la época del régimen militar de 1964-1985.

### **Caída y radicalización del peronismo**

En la Argentina durante el año 1954 Perón había tenido que encarar un nuevo y fatal frente de confrontación: la Iglesia. Esta, quizás tratando de evitar la excesiva identificación con un régimen que ya experimentaba síntomas de crisis, comenzó a distanciarse, y como primera medida decidió entrenar dirigentes sindicales en escuelas propias. Esto era atacar al régimen en lo más sensible. Al mismo tiempo, se comenzó a hablar de formar un Partido Demócrata Cristiano, como en Europa. El gobierno contraatacó, sancionando leyes que recordaban los tiempos de Roca y Juárez Celman. Principalmente, ley de divorcio y eliminación de la Educación Religiosa como materia obligatoria, que sería reemplazada por una asignatura de Moral, basada en los textos de Evita y otros del oficialismo. Esto era ya demasiado, y la excomunión cayó sobre la cabeza de los gobernantes. Los nacionalistas católicos, nunca muy convencidos de la solidez del régimen peronista, que no era suficientemente autoritario ni jerárquico para ellos, ahora se plegaron masivamente a las protestas.<sup>7</sup>

El intento fracasado de golpe de junio de 1955 terminó en un bombardeo y masacre de gente concentrada en la Plaza de Mayo. En septiembre otro pronunciamiento, esta vez exitoso, llevó al poder a un conjunto de antiperonistas históricos y otros más recientes. Se incluía a los partidos de la antigua Unión Democrática (salvo los Comunistas), más los conservadores tradicionales, los Demócrata Cristianos de antiguas convicciones liberales, y otros grupos socialcristianos y nacionalistas que habían estado cercanos o incluso incorporados al peronismo. Así, pues, la llamada Revolución Libertadora de 1955 fue no sólo un golpe militar, sino más bien una ruptura de la inicial coalición peronista, cuyo componente más de derecha o de clase alta estaba cada vez más antagonizado por los excesos movilizacionistas del régimen, a cuyos partidarios veía como potencialmente convertibles en una masa comunista a la muerte del líder.

---

<sup>6</sup>. Paulo Brandi, *Vargas: da vida para a história*, 2a ed., Rio de Janeiro, Zahar, 1985, pp. 204-205 y 211.

<sup>7</sup>. Robert Alexander, *Labor Relations in Argentina, Brazil and Chile*, Nueva York, McGraw Hill, 1962; Darío Cantón, *Elecciones y partidos políticos en la Argentina. Historia, interpretación y balance: 1910-1966*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973.

El nuevo régimen de la "Revolución Libertadora" tuvo, como otros anteriores, un ala nacionalista y otra liberal, con distintas estrategias respecto a cómo encontrar una alternativa al régimen caído. El sector nacionalista, que tuvo el predominio en un comienzo, estaba ideológicamente cercano al corporativismo, y pensaba poder integrar, en un sistema de ese tipo, a los sindicatos, vistos como columna dorsal del peronismo. Entre ellos había muchos que tenían orientaciones muy de derecha, sobre todo en el campo cultural. La reacción del espectro liberal y de izquierda fue muy fuerte, hasta que consiguió promover un golpe interno, dirigido por el Gral. Pedro E. Aramburu, con el apoyo del Almirante Isaac Rojas, en noviembre del mismo año 1955.

Las nuevas autoridades se empeñaron en lograr una "desperonización" a fondo del país. La interpretación que tenían del movimiento justicialista era que se trataba de una creación artificial, debida a los efectos de la propaganda y la corrupción oficiales. Si se cortaban estas fuentes y se aplicaba una seria represión a la acción de las minorías que eran las que a su juicio controlaban las estructuras de apoyo popular del régimen caído, el cambio iba a ser completo.

Se usaba el paralelo con lo que había ocurrido en Alemania e Italia, donde efectivamente el apoyo a los regímenes caídos fue muy escaso después de la guerra. Pero no se tuvo en cuenta las grandes diferencias entre los casos europeos y el argentino, empezando por el tipo de régimen, y pasando por el hecho de que allá había habido una derrota masiva en el campo de batalla, acompañada de indecibles privaciones, suficientes para deshacer cualquier nostalgia.

La CGT fue intervenida, así como casi todos los sindicatos, y los nuevos interventores, a menudo militares, se rodearon del asesoramiento de los antiguos dirigentes, que aún quedaban, autotitulados "libres". En algunos casos esos viejos dirigentes tenían apoyos significativos, y usando además de las influencias oficiales y de la apatía de gran parte de los afiliados, consiguieron controlar varias entidades. Esto fue particularmente el caso de Empleados de Comercio y la Unión Ferroviaria, aparte de los más seguros Gráficos y La Fraternidad. Pero en los sindicatos basados en las nuevas industrias, como Textiles y Metalúrgicos, no hubo forma de evitar el predominio peronista.

En 1956 hubo un intento de rebelión armada, dirigida por el Gral Valle. Al ser descubierta, la reacción oficial reveló el temor que se tenía a un vuelco de la situación: se ordenó el fusilamiento de numerosos implicados, comenzando por su jefe, cometiéndose un acto ya desusado en el país.

El peronismo, que había gozado por una década de las ventajas del poder, maltratando a menudo a sus opositores, ahora recibía la retribución aumentada de sus excesos. Paralelamente, al convertirse, ante la opinión pública, de perseguidor en perseguido, comenzó a concitar simpatías de sectores que no concordaban con la política del nuevo régimen. Al mismo tiempo, el peronismo se radicalizaba, protagonizando sus militantes la llama "Resistencia", de la que luego emergerían sectores guerrilleros. Aunque muchos de los individuos componentes de estas formaciones no eran de origen, ni de gran convicción peronista, el hecho es que fueron albergados por ese movimiento.

En 1957 se realizaron elecciones para un Congreso Constituyente. El Partido Peronista, bajo cualquier nuevo nombre que éste adoptara, quedó excluido, por considerárselo de propensiones totalitarias. La elección también serviría como termómetro de la opinión. La Unión Cívica Radical (UCR), que se veía con toda razón

como principal fuerza dentro del espectro antiperonista, comenzó a sufrir una lucha interna por el control del partido. Esta terminó en una división, entre un sector dirigido por Arturo Frondizi, denominado UCR Intransigente (UCRI), y otro capitaneado por Ricardo Balbín, que adoptó el nombre de UCR del Pueblo (UCRP). Frondizi favorecía un entendimiento con Perón, y reunía en torno a sí un numeroso grupo de intelectuales y profesionales de izquierda y nacionalistas, deseosos de encontrar un canal partidario donde poder expresarse, por encima de las pequeñas agrupaciones en que tradicionalmente habían militado.

El peronismo dio la orden de votar en blanco para el Congreso Constituyente, pero gran parte de sus simpatizantes, deseosos de no perder el voto, se lo dieron a Frondizi y su UCRI, vistos como la oposición al régimen militar. El mayor bloque resultó ser el de los sufragios en blanco, seguido de cerca por el de la UCRP y luego el de la UCRI de Frondizi. Frondizi se había quedado con una minoría del electorado tradicional radical, pero estaba ya incorporando las preferencias del sector menos "duro" del peronismo, y de grupos independientes.

La Constituyente pronto enfrentó la oposición sistemática de la UCRI y otros grupos nacionalistas, que se retiraron y la dejaron sin quórum. Sólo se sancionó, sobre la base de la Constitución de 1853, una adición, el artículo 14 bis, que incorporaba derechos sociales, como el de huelga, a los clásicos establecidos en el artículo 14 original.

El siguiente paso fueron las elecciones para llenar todos los cargos constitucionales, convocadas para comienzos de 1958. Ya para ese entonces la confrontación entre Frondizi y el gobierno militar era muy intensa. La UCRI, aunque acusada de albergar a criptocomunistas y properonistas, tenía suficiente legitimidad como para no ser puesta fuera de la ley. Sobre esta base, Frondizi pudo negociar con Perón y firmar un pacto, en el que participaron activamente los asesores de ambos dirigentes, Rogelio Frigerio y John W. Cooke. Por el pacto, Perón daba a Frondizi sus votos, a cambio de obtener la legalización de su partido, y una legislación favorable para el retorno de los sindicatos a manos peronistas.

La victoria de la UCRI, dado este pacto, era inevitable. La orden de Perón de votarlo a Frondizi, barruntada desde hacía un tiempo, fue formalmente anunciada pocos días antes de la votación, para impedir algún veto por parte de los sectores más antiperonistas del gobierno.

### **Fronidizi, el Kubitschek argentino**

**F**ronidizi había desarrollado, a través de una larga carrera política, un perfil con claras connotaciones nacionalistas y de izquierda. Su obra *Petróleo y política* (1954), en que condenaba la acción imperialista ligada a ese combustible y promovía su explotación por YPF, era una de las bases de ese prestigio.

En el régimen militar no dejó de haber algún intento de no entregarle el poder, con el argumento de que él era una máscara detrás de la cual se escondía el retorno de Perón. Aramburu finalmente se impuso y se realizó la transferencia del mando.

El principal asesor de Fronidizi, Rogelio Frigerio, por su pasado y su habilidad -- estimada como maquiavélica por sus adversarios -- para idear estrategias, era muy antagonizado por la derecha y las Fuerzas Armadas. A los pocos meses, Fronidizi, permanentemente hostigado por levantamientos y "planteos" militares, tuvo que

deshacerse de su colaborador en la Secretaría, pero lo designó en las mismas funciones en calidad privada. Más adelante aún ese rol le sería negado. Pero sus ideas, que no tenían nada que ver con las posiciones de izquierda que se le atribuían, fueron las vigentes en la nueva política económica adoptada, de apoyo a la modernización a través del capital extranjero.

Lo que se temía de Frigerio era que, en sus estrategias por mantenerse en el poder, siguiera con la práctica de concertar alianzas inesperadas, como la que lo había llevado al pacto con Perón. En algún momento él podía perder el control, por jugar con excesivo riesgo, y entonces el país se vería de nuevo en manos del peronismo, quizás más radicalizado por la persecución. La derecha veía, pues, a Frondizi y a Frigerio como los "Kerenskys" de un posible estallido revolucionario social en el país.

En el área cultural se sancionó una Ley de Enseñanza Libre, que permitía el establecimiento de universidades privadas, lo que en la práctica implicaba en la mayoría de los casos, católicas. La controversia, conocida como la de "la laica contra la libre", agitó a gran cantidad de gente, con manifestaciones masivas que ocuparon por semanas las calles de las principales ciudades del país. Finalmente, la ley fue sancionada. Este era el precio de una reconciliación de Frondizi con la Iglesia, que desde entonces pasó a apoyar decididamente a su gestión.

En el campo sindical Frondizi aceleró las elecciones en los gremios, y promovió la formación de una CGT unificada. Pero el antagonismo entre los dirigentes peronistas y los "libres", que se habían posesionado de varias organizaciones durante la Revolución Libertadora, determinó la ruptura. En un Congreso, supuestamente de unificación, quedaron 62 gremios del lado peronista, y 32 del otro. Ese fue el origen de que las agrupaciones peronistas reconocieran como su entidad coordinadora, por mucho tiempo, a "las 62 organizaciones", más brevemente "las 62". Los antiperonistas, en cambio, formaron un nucleamiento denominado "los 32 gremios democráticos". Después de unos años la mayor parte de los sindicatos retornaron al control peronista.

Una Ley de Asociaciones Profesionales, basada principalmente en la del régimen depuesto, favoreció el mantenimiento de la unidad en cada rama ocupacional, haciendo prácticamente imposible la coexistencia de varios sindicatos competitivos en cada una de ellas. El modelo alternativo, favorecido por los llamados sindicalistas libres, era el vigente en varios países europeos, especialmente Francia e Italia. En esos países la presencia de un fuerte gremialismo comunista, imposible de cooptar ni de reprimir por la fuerza, hizo que las leyes favorecieran la coexistencia de entidades rivales (socialdemócratas y democristianas). En el caso argentino tanto el frondizismo como el peronismo, en cambio, consideraban mejor fomentar la unidad, y tener entonces un diálogo más fácil con los dirigentes favorecidos por el calor oficial.

En la economía es donde los cambios instrumentados por el gobierno de Frondizi, respecto a su proyecto, fueron más significativos. Para dar la "batalla del petróleo" se realizaron contratos de perforación con empresas extranjeras, lo que era visto como anatema por el sector nacionalista, interno o externo a la UCRI, pero que tuvo que ser aceptado por quienes quedaban en sus filas. Para evitar la inflación, el gobierno se enfrentó contra las demandas de incrementos salariales, acompañadas por huelgas, que enseguida proliferaron. La represión de esos movimientos fue el principal componente de la ruptura entre el gobierno y el peronismo, sobre todo su ala sindical, y realimentó la Resistencia Peronista, acompañada de sabotajes y huelgas violentas,

aún más violentamente reprimidas.<sup>8</sup>

La estrategia de Frondizi y sus asesores, de todos modos, siempre fue la de intentar recomponer la alianza con un peronismo "razonable", apenas pasara la tormenta de las primeras adecuaciones a las condiciones económicas, vistas como temporarias. Esta búsqueda de interlocutores moderados llevó, sobre todo en las provincias del interior menos desarrollado y en algunos sindicatos, a encontrar dirigentes dispuestos a llegar a una "integración". La "integración" del peronismo pasó a ser uno de los puntos estratégicos de la ideología del gobierno, y para conseguirla se usaron generosamente las arcas del Estado.

En las elecciones de diputados, de 1960, había que enfrentar la opinión del electorado acerca de todo este nuevo paquete. Lo que ocurrió fue prácticamente una reversión de alianzas. Una buena parte de la derecha o centro derecha, que tenía una gran prevención contra la imagen izquierdista de Frondizi, ahora lo vio como un valioso converso y lo votó, permitiéndole figurar muy bien en las urnas, y superar a la UCRP, que antes había sido la receptora de las preferencias de ese sector político. El peronismo se dividió entre el voto en blanco y el apoyo a partidos locales llamados neoperonistas, que a menudo no eran reconocidos por el líder exiliado. En conjunto, el gobierno podía considerar que su estrategia rendía frutos. Ahora, a pesar de la ruptura con el peronismo duro y el sindicalismo combativo, Frondizi mantenía su dominio en el Congreso y encontraba interlocutores que le permitían decir que buscaba una vía media para el país.

En 1959 tuvo que enfrentar un intento de rebelión por parte del Gral. Carlos Severo Toranzo Montero, que no pudo ser reprimido. El gobierno, que había querido destituirlo de su posición de jefe del Ejército, tuvo que dar marcha atrás y perder seriamente su prestigio. Episodios similares se repetirían a lo largo de su gestión, sumándose entre pequeños y grandes una buena treintena.

Para poner coto a estas protestas y buscar apoyos en el empresariado neoliberal, Frondizi decidió, en 1959, otorgar la conducción de la economía a Álvaro Alsogaray, que podría transferirle la confianza de la derecha, tanto económica como armada. Por cierto que con esto antagonizó aun más al peronismo y a la izquierda, y desconcertó a muchos de sus iniciales apoyos ideológicos. La conversión al pragmatismo y la búsqueda maquiavélica de insospechadas alianzas tomaban un ritmo vertiginoso.

El problema era que su base propia, original, o sea el sector UCRI del radicalismo, era débil, y en parte se sentía desorientado por lo que estimaba una traición a los principios. El voto o el apoyo en la opinión pública que Frondizi conseguía, no eran despreciables, pero dependían de una suma de pactos o decisiones tácticas que no involucraban demasiada simpatía genuina.

La gran afluencia de capitales extranjeros, aunque perjudicó a algunas empresas nacionales al crearles una competencia interna mucho más modernizada y financiada, produjo un incremento de la producción y una expansión en general, que generó una sensación de prosperidad.

---

<sup>8</sup>. Roberto Baschetti, comp., *Documentos de la resistencia peronista, 1955-1970*, Buenos Aires, Puntosur, 1988; Donald Hodges, *Argentina, 1943-1987: The National Revolution and Resistance*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1987; Daniel James, *Resistance and Integration: Peronism and the Argentine Working Class, 1946-1976*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988.

El test de este programa vendría en las siguientes elecciones, las de 1962, donde había que renovar ya no sólo la mitad de la Cámara de Diputados, sino las gobernaciones en casi todas las provincias. Y esto era grave, porque el gobernador es el que maneja la policía local. ¿Se podría correr el riesgo de que los peronistas tuvieran el control de la policía, cuya responsabilidad era mantener el orden en el cordón industrial del Gran Buenos Aires? Era necesario ser muy animoso, en las condiciones de la época, para apostar a favor. Frondizi lo hizo, y perdió. A esto volveremos, pero veamos antes cómo estaban las cosas en Brasil.

### El extraño episodio Quadros

El período de fuerte desarrollo económico presidido por Juscelino Kubitshek (1956-1961), con apoyo internacional y grandes iniciativas del tipo de la construcción de Brasilia, tuvo que enfrentar un serio problema sucesorio, que ese año venía complicado por algunas de las consecuencias de la crisis posterior al suicidio de Vargas, cuando la normalidad constitucional se había salvado por muy poco, mediante el golpe preventivo del Gral Teixeira Lott.

Ahora era el momento de retribuirle al General su gesto, nombrándolo candidato por la alianza varguista. Su candidatura, aunque no era capaz de crear entusiasmo en nadie, especialmente en el PTB, era una obligación no sólo moral. Se la compensó con la designación, como vicepresidente, de Joao Goulart, que podría atraer a los activistas y a las nuevas masas que el proceso económico llevaba del campo a la ciudad, y que necesitaban alguna figura carismática en quien creer.

La oportunidad fue tomada de los cabellos por la Uniao Democrática Nacional (UDN), que inesperadamente veía una luz al final del túnel en que desde años se debatía. Es así que se decidió a integrar en su fórmula a un condottiere político independiente, de Sao Paulo, que había llegado a la intendencia de esa ciudad bajo la sigla poco significativa del Partido Demócrata Cristiano, pero con el símbolo nada críptico de una escoba. En tercer lugar se presentaba un candidato populista regional de Sao Paulo, Adhemar de Barros, antiguo varguista que hacía tiempo se había separado del tronco común y regenteaba su propio Partido Social Progresista (PSP). La elección fue muy reñida, correspondiendo la presidencia a Janio Quadros, pero recayendo la vicepresidencia, por la que se votaba separadamente, en Goulart. O sea, la peor de las combinaciones en términos de estabilidad del sistema.<sup>9</sup>

Básicamente, y a pesar de algunos excesos verbales del candidato, se trataba de una victoria conservadora, ganada al precio de la cooptación de un personaje que previsiblemente sabría guardar su lugar. Lejos de eso, Quadros, al asumir su cargo (1961), pretendió aplicar una política interna y sobre todo exterior independiente, inspirada en el ejemplo de Charles De Gaulle. Es así como decidió invitar al Che Guevara y condecorarlo, una medida más que nada simbólica pero provocativa, a lo que sumó otras decisiones de política interna irritantes para el sector empresarial y para la Derecha, que al fin y al cabo acababa de ganar una elección y pretendía recoger los frutos de su victoria.

Inútil convencerla de que sólo se trataba de consolidar el sistema tirando un poco de lastre por la borda. La resistencia tanto militar como civil fue dura, y terminó en un planteo, como los que cada dos meses se le hacían a Frondizi en aquellos mismos años, y con los que el gobernante argentino sistemáticamente transaba.

---

<sup>9</sup>. Maria Vitória de Mesquita Benevides, *O governo Kubitschek: desenvolvimento econômico e estabilidade política*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1976, y *O governo Jânio Quadros*, 2a ed., Sao Paulo, Brasiliense, 1982.

Quadros no quiso repetir ese ejemplo, y se plantó en sus trece. Sin llegar al exceso de Vargas, optó por renunciar indeclinablemente a su cargo, esperando quizás que el Congreso y la opinión pública lo disuadieran, ante la hecatombe que significaría la ocupación del Palacio presidencial por Joao Goulart. Los motivos de la renuncia han sido pasto de todo género de hipótesis, y es muy probable que nunca se tenga la verdad al respecto. Quizás ni siquiera exista una sola verdad, ya que en estos casos las motivaciones son a menudo múltiples. El hecho es que Janio Quadros se vio enredado en su propia tela, ya que el Congreso le aceptó la dimisión, aunque por cierto hubo intentos de negociación, pero sus negativas llegaron a un grado tal en que ya no podía volverse atrás.

Goulart estaba visitando China continental cuando estos hechos ocurrieron, lo cual no contribuía a potabilizar su imagen, pues él no era un De Gaulle. Las fuerzas armadas se pronunciaron, determinando que Goulart estaba incapacitado para asumir la primera magistratura. Pero un importante sector del ejército, basado en Rio Grande do Sul, de donde Goulart era nativo y gozaba de gran predicamento, se resistió a la imposición, declarándose constitucionalista. Las condiciones para una guerra civil estaban dadas, pero a los pocos días de esta impasse los dirigentes políticos encontraron una solución. El Congreso sancionaría una reforma constitucional, bajo forma de ley fundamental, por la cual se adoptaba el régimen parlamentario, de manera que Goulart quedaba reducido a la triste condición de presidente de cualquier país europeo, con pompa pero sin ningún poder.

La característica del electorado en Brasil era tal, que aunque a nivel del Ejecutivo podía darse una mayoría de izquierda, o populista, a nivel local los diputados electos eran en general bastante moderados, incluso los que pertenecían a los partidos que habían llevado a la presidencia (o vicepresidencia) a una figura amenazante para el sistema, como Goulart. Esto era así porque sólo la movilización de sentimientos, esperanzas y milenarismos suscitada por una elección nacional en que se juega todo a una cabeza podía vencer la apatía de gran parte de la población. La misma gente que era capaz de votar por Goulart a nivel nacional, terminaba dando sus preferencias a algún notable local eminentemente negociador y por lo tanto moderado.<sup>10</sup>

Goulart, entonces, se encontró en el Palacio da Alvorada, aunque maniatado, a fines de 1961. Pero como Brasil no es Europa, consiguió, moviendo los hilos de la presidencia, que se convocara al pueblo a un referendum sobre la nueva reglamentación constitucional. Previsiblemente, una mayoría se pronunció, en enero de 1963, por un retorno al presidencialismo, con el argumento de que el sistema parlamentario, aunque ideal en teoría, en la práctica brasileña implicaba dejar el poder en manos de los notables locales.

### **La herencia varguista, segunda parte: revolución nacional y popular**

El hecho es que Goulart volvió a estar en uso del temible poder presidencial, asistido, casi preso, por un entourage heterogéneo, centrado en el PTB, pero ya muy cargado de sectores de izquierda, desde el Partido Comunista hasta varias corrientes marxistas. La derecha varguista, en cambio, o sea el PSD, estaba muy preocupada con lo que ocurría, ya que ella basaba su fuerza justamente en el apoyo de los notables locales, tanto o más que la UDN. Esta era en cambio más moderna en sus estructuras, que incluían a gran parte de los estratos

---

<sup>10</sup>. En el interior de Brasil se llamaba "coroneles" a los grandes terratenientes locales, o a otros notables, desde el siglo pasado en que esos individuos eran en general los seleccionados para ser coroneles de las milicias locales. Ver Francisco Weffort, *O populismo na política brasileira*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1978; Muniz Bandeira, *O governo Joao Goulart: as lutas sociais no Brasil*, Rio de Janeiro, Civilizacao Brasileira, 1977.

profesionales, de alta clase media y empresariales del área desarrollada del país.<sup>11</sup> Debido a la señalada característica del electorado brasileño, y a las reticencias del PSD, el presidente no tenía una mayoría en el Congreso, que previsiblemente se opondría a los cambios radicales que meditaba.<sup>12</sup>

El programa de Goulart incluyó una reforma agraria con poca o nula compensación para todos los latifundios cercanos a las vías de comunicación, para imponer lo cual comenzó a formar grupos de militantes armados. En el Nordeste, especialmente en el azucarero estado de Pernambuco, ya desde hacía algunos años estaban activas las Ligas Agrarias ideadas por Francisco Juliao, un político enrolado en el pequeño Partido Socialista, pero ligado a los sectores goulartianos, al igual que al jefe local Trabalhista, Miguel Arraes, de la izquierda de ese movimiento. Las reformas propuestas, como no tenían muchas posibilidades de pasar por el Congreso, fueron objeto de una agitación de calles que incluyó a sectores bajos de las fuerzas armadas, especialmente suboficiales, y aún soldados y marineros. Goulart y su entorno pensaban de esta manera imponerse en las próximas elecciones para el Congreso, después de esclarecer masivamente a la opinión pública, llegando hasta los más apartados lugares del país. Pero los más exaltados pensaban en un golpe de mano, con apoyo de alguna minoría militar, acompañado de movilización de masas.<sup>13</sup>

En esta coyuntura se estaban dando las precondiciones para un desenlace revolucionario, promovido desde el Ejecutivo y su *entourage* a través de un autogolpe, como había hecho Vargas en 1937 con el Estado Novo, pero esta vez de izquierda. Seguramente la eventual revolución no hubiera sido exactamente "socialista", pero sí suficientemente amenazante y expropiadora como para alterar el sueño de las clases propietarias, quizás siguiendo un modelo intermedio entre la Revolución Mexicana, con altísima movilización de masas, y la algo posterior y más elitista Revolución Peruana o alguna de las que se han dado en el mundo árabe o en África.<sup>14</sup>

La etapa de radicalización bajo el presidente Joao Goulart (1961-1964) tiene algún parecido con la de la Unidad Popular de Chile, aunque en un contexto social bien distinto. La situación brasileña ha sido siempre menos predecible que la chilena, debido a la característica

---

<sup>11</sup>. Maria Victória de Mesquita Benevides, *A UDN e o udenismo: ambiguidades do liberalismo brasileiro, 1945-1965*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1981; Hélio Jaguaribe, "Las elecciones de 1962 en el Brasil", *Desarrollo Económico* 3, 12, enero-marzo 1964 y su "Brasil: un análisis político", *Desarrollo Económico* 8, 30-31, julio-diciembre 1968.

<sup>12</sup>. Thomas Skidmore, *Politics in Brazil, 1930-1964: An Experiment in Democracy*, Nueva York, Oxford University Press, 1967.

<sup>13</sup>. Leoncio Martins Rodrigues, *Conflito industrial e sindicalismo em Brasil*, Sao Paulo, Difel, 1966; Hélio Jaguaribe, *Brasil: crisis y alternativas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1976; Vamireh Chacon, *História das idéias socialistas no Brasil*, 2a ed., Fortaleza/Rio de Janeiro, UFC y Civilizacao Brasileira, 1981; Irving L. Horowitz, Josué de Castro and John Gerassi, eds., *Latin American Radicalism*, Nueva York, Random House, 1969; Michael L. Conniff, *Latin American Populism in Comparative Perspective*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1982; .

<sup>14</sup>. Denis de Moraes, *A esquerda e o golpe de 64*, Rio de Janeiro, Espaço e tempo, 1989;

proteica de sus partidos políticos, y a la presencia de una masa popular muy movilizada pero escasamente organizada, hecho éste que sólo recientemente está cambiando. El hecho de que esa masa tuviera en aquel entonces un nivel bajo de organización sindical o partidaria la hacía menos poderosa que su equivalente chilena, pero al mismo tiempo más volátil, más potencialmente violenta. Es cierto que ella se expresaba dentro de cánones populistas, pero éstos incluyen, como variante, la social revolucionaria. Es así como las masas del Brasil han oscilado por décadas entre ser un gigante dormido o bien canalizarse tras líderes movilizadores, algunos bastante moderados, como en el varguismo temprano, pero otros potencialmente revolucionarios, como Goulart.<sup>15</sup>

No existía en Brasil un verdadero equivalente de la Unidad Popular chilena, en aquel entonces. Lo más cercano era el Partido Comunista, que no tenía un gran caudal electoral permanente, aunque poseía importantes anclajes en sectores intelectuales y de clase media, incluso entre los militares, profesión de la que provenía su jefe Luis Carlos Prestes. En 1935 había intentado un levantamiento armado, y hacia 1964, ya abandonado su anterior antivarguismo, estaba plenamente consubstanciado con la variante populista de Goulart. Comparados con los partidos de izquierda de Chile, los Comunistas brasileños constituían un grupo pequeño, pero con amplios contactos, y ligazones con el liderazgo de un movimiento masivo.<sup>16</sup> La alquimia de transformar al movimiento varguista en otro de carácter marxista podría haber tenido éxito, no como resultado de la conciencia de clase y del lento crecimiento de la organización proletaria, sino de un golpe de mano por parte de una elite audaz. Para las clases dominantes brasileñas la situación era aún más explosiva que en Chile; pero si se podía reprimir y dispersar a las elites movilizadoras, o destruir sus contactos con las masas, se regeneraría una situación de tranquilidad social más sólida que en el país andino.

De los dos sectores varguistas, el PSD ocupaba una posición en el espacio social no demasiado distinta a la de la Democracia Cristiana chilena, aunque con mucho menos fervor ideológico y garra organizativa, mientras que el Trabalhismo (PTB) era un equivalente más volátil de la Izquierda chilena. Se hubiera necesitado un desarrollo económico mucho mayor para convertir a ese partido obrero en un pilar de moderación. En ese entonces los líderes que generaba de sus propias filas, así como los que lo dirigían y movilizaban desde arriba, eran completamente impredecibles, pues no eran mantenidos dentro de límites precisos por los requisitos de la organización autónoma en gran escala.

Toda la agitación dirigida por Goulart ocurría en un contexto en que los gobiernos de los tres principales estados estaban en manos de la oposición: Sao Paulo, con Adhemar de Barros, y Minas Gerais y Guanabara (Rio de Janeiro) gobernados por la UDN. La Iglesia Católica, que también se sentía amenazada por reformas con fuerte participación comunista, movilizó a las

<sup>15</sup>. Francisco Weffort, *O populismo na política brasileira*, Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1978; Michael Conniff, *Latin American Populism in Comparative Perspective*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1982; Irving L. Horowitz, Josué de Castro y John Gerassi, comps, *Latin American Radicalism*, Nueva York, Random House, 1969; Thomas Skidmore, *Politics in Brazil, 1930-1964: An Experiment in Democracy*, Nueva York, Oxford University Press, 1967; Ronald Schneider, *The Political System of Brazil: Emergence of an Authoritarian "Modernizing" Regime, 1960-1974*, Nueva York, Columbia University Press, 1971.

<sup>16</sup>. Leoncio Martins Rodrigues, "O PCB: os dirigentes e a organizacao" en *História Geral da Civilização Brasileira*, 3 tomos en 11 volúmenes, dirigido por Sérgio Buarque de Holanda y Boris Fausto, Rio de Janeiro, Difel, 1963-1986, tomo 3, vol. 3, cap. 8, pp. 363-443; Stanley Hilton, *A rebelião vermelha*, Rio de Janeiro, Record, 1986; Edgard Carone, *O PCB*, 2 vols, Sao Paulo, Difel, 1982.

amas de casa en interminables *passeatas* con ollas vacías y demás detalles del género.

Al final, en marzo de 1964, se dio el golpe, dirigido por el Gral Humberto Castelo Branco, con fuerte apoyo de la mitad para arriba de la pirámide social, y con muchos pruritos constitucionales. Sólo se derrocó al presidente, y se dieron por terminados los servicios de una cuarentena de miembros del Congreso. Más no era necesario, pues el Congreso tenía mayoría antigoulartiana. Después de esta limpieza se pasó por el ritual de que este cuerpo lo eligiera presidente a Castelo Branco. No se tocó en un primer momento a los partidos políticos, salvo los de orientación marxista. Hubo persecución y violencias, pero menores que en otros fenómenos parecidos, como los que luego ocurrieron en la Argentina y Chile.

El golpe de 1964 fue en gran medida una reacción civil, no sólo militar, ante la política de Goulart. Lo que ocurrió fue una ruptura de la alianza entre el PSD y el PTB, ya que la mayor parte de los muy moderados jefes del PSD apoyó el golpe. El régimen militar fue mucho más civilista que sus equivalentes en otros países del área, y pronto estableció una nueva Constitución.

Para evitar los fenómenos populistas, siempre desencadenados por las elecciones presidenciales, se adoptó la designación del presidente por el Congreso, pero dejando luego en manos del primer magistrado una suma muy grande de atribuciones, de manera que el régimen no era precisamente parlamentario. Pronto las nuevas autoridades forzaron a todos los legisladores a reagruparse en dos partidos. Los oficialistas formaron la Aliança Renovadora Nacional (ARENA) donde se congregaron casi todos los miembros de la UDN, más una mayoría de los del PSD, o sea de la derecha varguista, y muchas estructuras regionales, empezando por el paulista PSP de Adhemar de Barros. Los opositores, o sea principalmente el Trabalhismo, formaron junto con algunos peessedistas el opositor, pero moderado, Movimento Democrático Brasileiro (MDB). Los más radicales Trabalhistas quedaron fuera, porque no aceptaron esta componenda, convirtiéndose en el extraparlamentario grupo de Auténticos.

Los gobernadores también debían ser elegidos de manera indirecta, por las Legislaturas estatales. En 1965, antes de que esta disposición se adoptara, había habido elecciones en varios estados, en que la oposición ganó, y consiguió imponer sus candidatos. Ahora, con el nuevo sistema (aprobado por Acto Institucional antes de la Constitución), en 1966 el oficialismo ganó todas las renovaciones. A fines de ese mismo año, también se dio una victoria de ARENA contra el MDB en la selección de diputados para el nuevo Congreso, aunque hubo un significativo porcentaje de votos nulos (7%) y en blanco (14%).

A pesar de estas distorsiones, durante el trascurso del régimen militar se mantuvo, con la excepción del año 1969, la vigencia del Congreso, y las elecciones de sus miembros por voto secreto, sin intimidaciones explícitas en el momento de votar, teniendo el elector la alternativa entre la ARENA y el MDB. El gobierno en general obtenía una sólida mayoría, en parte con la astucia de la *cédula única*, que impedía el corte de boletas. Obligaba a optar por una sólo papeleta partidaria, donde figuraban tanto los candidatos municipales como los estatales o nacionales, o sea, diputados o senadores (el presidente y los gobernadores, como vimos, eran designados por los cuerpos legislativos).

De esta manera se pensaba -- y con razón -- que el elector, con el deseo de llevar al Palacio Municipal a un notable local con amigos en el gobierno, pondría toda la cédula en el sobre, dando entonces también la victoria a los candidatos nacionales del oficialismo. Esta estrategia, claro está, sólo podía tener éxito con un cierto tipo de electorado, aún no muy movilizado, y que se dejaba influenciar por estas consideraciones, pues estrictamente hablando nadie le impedía elegir la cédula del MDB, donde también había notables locales, aunque obviamente peor colocados para conseguir favores del gobierno central. Para evitar todo tipo de riesgos, en las capitales estatales -- a menudo centros de oposición -- y en algunas zonas fronterizas, se decidió que los Alcaldes serían designados por el Ejecutivo y no electos.<sup>17</sup>

---

<sup>17</sup>. Carlos Castello Branco, *Os militares no poder*, 3 vols, Rio de Janeiro, Nova

En general los candidatos oficiales conseguían una mayoría, debido al fuerte apoyo civil que el gobierno tenía entre las clases medias y altas, y contando con la naturaleza deferencial y fácilmente influenciable del electorado rural o semirural, siempre que éste no fuera afectado por impulsos movilizacionistas que vinieran desde lo alto, como en tiempos de Goulart. En Argentina o Uruguay los regímenes militares nunca contaron con un grupo social equivalente, y nunca pudieron formar una clientela electoral propia. En cuanto a Chile, Pinochet obtuvo apoyo electoral significativo, pero basado en un tipo moderno de conservadorismo, que en Brasil sólo existía en el sur y sobre todo en Sao Paulo.

### **La caída de Frondizi y el péndulo civil-militar**

Retomando ahora el relato para la Argentina, en 1962, pasados ya cuatro años desde el acceso de Frondizi, correspondía realizar las segundas renovaciones legislativas, que coincidían con las más importantes de gobernadores. El gobierno había autorizado en la práctica la presentación del peronismo, a través de partidos locales ahora ya muy controlados por Perón, desde su exilio en Madrid. Frondizi intentó captar el voto de centroderecha, como dos años antes, y de hecho lo consiguió en gran parte, aunque la UCRP era preferida por parte de los sectores centristas cuyo antiperonismo no les permitía aceptar las maniobras realizadas desde el oficialismo. La diferencia con la elección anterior, de todos modos, era que ahora el justicialismo estaba en la liza, y peleando por gobernaciones, donde la concentración en un candidato introducía el factor personalista que estimulaba con facilidad a su electorado y que estaba ausente en las elecciones legislativas.

El resultado fue, si se lo ve con perspectiva histórica y calma filosófica, bastante bueno para el gobierno. El peronismo ganó la gobernación en algunas provincias estratégicas, como Buenos Aires, pero sin la mayoría absoluta. Parecía, bajo condiciones de relativamente genuina libertad electoral, que esa fuerza se reducía de sus grandes mayorías históricas a un más modesto 40% del electorado, o aún menos en ciertas provincias pobres, cuyos caudillos eran fácilmente manipulables por el calor oficial. Pero el peronismo seguía siendo la mayor de las formaciones partidarias, dada la insanable división de las otras, en derecha (con pocos votos), frondizismo (nucleando a un centroderecha pragmático), radicalismo del Pueblo (centro antiperonista), e izquierda (a su vez fragmentada).

Si se hubieran respetado los resultados electorales de 1962, lo más probable hubiera sido que la integración de que hablaba el oficialismo hubiera efectivamente ocurrido. Gran parte de la bancada de diputados, así como muchos gobernadores, eran pan comido. Lo grave era la provincia de Buenos Aires, con el irritante Andrés Framini, sindicalista textil de orientación izquierdista dentro del justicialismo, como nuevo gobernador. Eso, las vestales del antiperonismo y de la Revolución Libertadora, los memoriosos de los abusos y las persecuciones que sin duda había habido en el régimen derrocado --aunque cada vez más empardadas por sus sucesores-- no lo

---

Fronteira, 1977-79; Alfred Stepan, *The Military in Politics: Changing Patterns in Brazil*, Princeton, Princeton University Press, 1971 y su compilación *Authoritarian Brazil*, New Haven, Yale University Press, 1973; Ronald Schneider, *The Political System of Brazil: Emergence of an Authoritarian "Modernizing" Regime, 1964-70*, Nueva York, Columbia University Press, 1971; Peter Flynn, *Brazil: A Political Analysis*, Boulder, Co., Westview Press, 1978.

podían dejar pasar, y no estaban como para perspectivas históricas ni calma filosófica.

Después de unos días angustiosos y de desesperados intentos de Frondizi de evitar el golpe mandando intervenciones a las provincias más estratégicas, las tropas se movieron y forzaron la renuncia del Presidente y su sustitución por el vice, José M. Guido, puro formalismo para esconder el gobierno directo de las Fuerzas Armadas.

**E**l objetivo de las Fuerzas Armadas era reconstituir el sistema de elecciones y de partidos políticos, convocando a la brevedad a comicios. Era necesario a su juicio, sin embargo, corregir la legislación y otras prácticas corruptas, que continuaban favoreciendo al peronismo en los sindicatos y en los municipios que controlaban.

Inmediatamente se perfilaron dos facciones militares. Una de ellas favorecía una posición negociadora con el peronismo, al que se debía canalizar pero no eliminar. La otra era más dura en el enfrentamiento, y esperaba poder destruir las bases de apoyo social del movimiento si se lo combatía con decisión.

El Gral. Juan Carlos Onganía fue el jefe del sector negociador. Ya antes de fin de 1962 hubo un conflicto armado entre los dos grupos. El negociador se llamó "azul", el otro "colorado". Después de alguna violencia se llegó a un acuerdo de coexistir, pero la lucha volvió a estallar, esta vez más intensa, en abril de 1963. Ahora hubo más tiros y algún muerto entre los militares, mientras la población civil, de todas las posiciones, miraba desde afuera este progresivo deterioro del prestigio de la institución armada y de la imagen del país mismo.

Finalmente, en el segundo encontronazo, los azules y Onganía quienes se impusieron definitivamente y desataron los tigres de la salida electoral, pensando, claro está, que podrían armar alguna estrategia que evitara entregar el poder al peronismo. Onganía, ideológicamente nacionalista y corporativista, tenía más que algunas concomitancias con el enfoque mental del peronismo. Salvo, claro está, en lo relativo a la disciplina social. Comunidad organizada, sí, pero bajo control de la autoridad estatal y de las jerarquías naturales. Preferentemente, con un sistema de representación corporativista, o si no, con algún equivalente de él, basado en acuerdos entre las principales fuerzas políticas.

Hubo febriles negociaciones para armar un Frente Nacional y Popular, con Onganía de candidato presidencial, con el apoyo del peronismo y la UCRI, aparte de sectores católicos, tanto de la variante nacionalista como de la democristiana. El proyecto fracasó, así como otros en que podría haber habido un candidato ultramoderado o aún conservador, designado por los peronistas. Las tratativas no llegaron a puerto, y no hubo más remedio que prohibir a último momento a cualquier candidatura justicialista, lo que llevó al movimiento al voto en blanco.

Uno de los candidatos que circulaban en el ambiente político era Aramburu, que había lanzado una Unión del Pueblo Argentino (UDEPA), claramente modelada en el partido de parecido nombre que apoyó a De Gaulle en su exitoso acceso al poder, en 1958. Se hizo un intento de que él fuera el candidato de transacción, pero los militantes peronistas lo odiaban por su rol durante la Libertadora, a pesar de que luego fue él quien aseguró la transferencia del poder a un Frondizi apoyado por los Justicialistas, en 1958.

La elección, para llenar todos los cargos constitucionales, fue ganada por el Dr. Umberto Illia, médico cordobés, de la UCRP, que apenas consiguió un cuarto del electorado. La UCRI se dividió entre los partidarios de Frondizi (que luego fundarían el Movimiento de Integración y Desarrollo, MID), y los de Oscar Alende (que luego

crearían el Partido Intransigente, PI). Los frondizistas se abstuvieron, mientras que Alende se presentó como candidato y cosechó bastantes votos peronistas, pero sólo llegó en tercer lugar, detrás de los votos en blanco. En cuarto término llegó Aramburu; partidos provinciales, de derecha y centroderecha, y una izquierda dividida, completaban el panorama.

### **Las Fuerzas Armadas: del Poder Moderador al régimen autoritario transformativo**

El golpe militar argentino de 1962 tiene algún parecido con el brasileño de 1961, del que emergió el régimen parlamentario. En la Argentina el objetivo era impedir la consolidación de una amenaza nacionalista popular vista como radicalizada; en Brasil tuvo idéntico objeto, para evitar la previsible movilización popular que conduciría Goulart. O sea, en ambos casos, se trató de parar a los representantes o herederos de la dupla Vargas-Perón. Paradójicamente, estos dos líderes, preocupados por morigerar los conflictos de clase, y por encuadrar cuidadosamente cualquier movilización popular, terminaron por promover algunos de los fenómenos de mayor enfrentamiento clasista que nuestros países han experimentado.

Illia llegó a la Casa Rosada con muy poca legitimidad, debido al escaso caudal de votos que tuvo y la forzada abstención del peronismo en que basó su victoria. De todos modos, podía parecer que el peronismo se reducía a una cantidad más manejable, con ese cuarto fiel del electorado, que había votado en blanco, al que se le podía -- o no -- sumar otro cuarto, que era "integrable" de manera temporaria o permanente en otras formaciones políticas.

Este cálculo estimuló todo tipo de posibles combinaciones, en que políticos, o militares, con un pie en el sistema reconocido de poder, y otro en la contestación, podían esperar ser el nuevo foco de lealtad que canalizara hacia sí las preferencias de esa masa vacante de representación. Entre los militares, Onganía siguió cultivando la imagen de sucesor más moderado de Perón, realizando quizá lo que había sido el primer proyecto del viejo General, de incluir en un solo haz tanto a empresarios como obreros, profesionales como eclesiásticos, técnicos junto a intelectuales pragmáticos. Entre los políticos, la aspiración a integrar a las masas peronistas cundió entre los católicos independientes (de derecha), los democristianos, y los socialistas, estimulando escisiones en esos partidos.

Illia intentó redemocratizar la escena, asegurando la vigencia de las libertades públicas, y el derecho del peronismo a presentarse a elecciones, con ciertos condicionamientos, de los que el principal era que Perón nunca podría ser candidato a nada. El líder mismo, para poner a prueba la disposición del gobierno, intentó un regreso al país, a fines de 1964. Pero en Río de Janeiro fue interceptado por las autoridades, a pedido de las argentinas, y tuvo que volver a Madrid.

Las relaciones con el sindicalismo fueron un constante problema para Illia. Los dirigentes obreros estaban decididos a erosionar al gobierno radical, aun al precio de crear una situación de ingobernabilidad. Las huelgas generales proliferaron, y pronto fueron acompañadas por ocupaciones de fábricas y secuestros de empresarios, a quienes se impedía salir de sus fábricas mientras duraban los conflictos.

Las actitudes violentas estaban en aumento en todos los ambientes del país. El

ejemplo de la Revolución Cubana fue determinante en este sentido, pues hizo concebir a muchos que lo que habían tenido como una lejana esperanza, se volvía de pronto perfectamente real. La influencia cundió no sólo en la izquierda clásica, determinando escisiones en ella, sino también en el peronismo, sobre todo el que había llevado desde 1955 la responsabilidad de la Resistencia.

La convergencia entre un peronismo de militantes de base, dirigentes medios del mismo movimiento, y sectores juveniles de diverso origen, fue cada vez mayor. La transmutación fue particularmente llamativa entre los jóvenes, en general de clase media o aun más alta. En medio de una revisión y condena total de valores burgueses, redescubrían el peronismo, como típico fenómeno revolucionario del Tercer Mundo. Perón estimulaba esta fermentación intelectual, mezclando en su doctrina las enseñanzas del Che Guevara y de Mao Tsetung, como grandes estrategos de la lucha antiimperialista. A diferencia de los pensadores de la socialdemocracia europea, o del aburguesado comunismo soviético, éstos eran valorados como "socialistas nacionales".

Dentro del movimiento peronista, en sus esferas más oficiales, había también una división entre los grupos más verticalistas, ligados a Perón, y los que obedecían al sector de sindicalistas, y a veces de políticos provinciales, que deseaban tener un poco más de autonomía respecto al jefe ausente. Augusto Vandor, dirigente metalúrgico, era de los principales inspiradores de la línea autonomista respecto a Perón. Este, para volver a controlar al movimiento, envió a su esposa, María Estela Martínez ("Isabelita"), como representante personal. En unos comicios en Mendoza, en abril de 1966, se dio un *test* de fuerza entre esas dos tendencias. El justicialismo se presentó dividido, y el sector verticalista aventajó por una módica diferencia al autonomista. Esto permitió que ganaran los conservadores, tradicionalmente sólidos en esa provincia, pero ante la opinión pública, el Jefe era el que se había vuelto a imponer.

Para 1967 correspondían las elecciones de gobernadores, o sea las equivalentes de las que habían sido fatales para Frondizi en 1962. Ahora todos daban por seguro que el peronismo triunfaría, sobre todo debido a la división de sus rivales. Las Fuerzas Armadas, recelosas de lo que podría ocurrir, aunque estaban dirigidas por el "integracionista" y negociador Gral. Onganía, decidieron que era mejor intervenir *antes* y no *después* de las elecciones. El golpe se efectuó a mediados de 1966.

### **El golpe de 1966: ¿pacto militar sindical?**

Durante varias décadas el peronismo ha sido visto por las clases altas como una seria amenaza a sus intereses, aunque la mayor parte del tiempo no asumía un cariz revolucionario. Pasó, sin duda, por episodios de violencia y agudo antagonismo a las clases dominantes, especialmente durante su largo ostracismo, que lo llevó a una alianza con grupos guerrilleros, en parte generados en su seno, en parte venidos de afuera. Pero el peronismo siempre ha tenido también, en su elite dirigente y sus jefes sindicales, un sector orientado hacia formas de nacionalismo autoritario tercermundista, o aún de fascismo. Este último factor de derecha le ha dado robustez, por las raíces que le otorga entre minorías significativas de las clases dominantes, aunque le ha enajenado la inteligencia y amplios sectores de las clases medias. A pesar de todo, la mayor parte del tiempo el peronismo ha sido visto por el Establishment como potencialmente más peligroso que los partidos marxistas locales.<sup>18</sup>

---

<sup>18</sup>. Ver para diversos enfoques sobre este tema Carlos Waisman, *Reversal of*

Se decía en los mentideros políticos de fines de la presidencia de Illia (1966) que existía un pacto formal o informal entre los uniformados y los sindicalistas, un "pacto militar-sindical", una suerte de acuerdo neo-corporativista para repartirse lo que quedaba del país, cualquiera fuera el resultado de las urnas. Este real o supuesto pacto debe ser contrapuesto al hecho de que el principal propósito de todos los regímenes militares que tomaron el poder en la Argentina desde 1945 ha sido el voltear, o impedir el acceso, de un gobierno peronista.<sup>19</sup>

De hecho, los peronistas eran los principales adversarios de los militares, y de las clases empresarias en general, independientemente de las intenciones de muchos de sus dirigentes. Esto los obligaba a curarse en salud, actuando con particular cautela, puesto que cualquier paso en falso de su parte produciría una reacción inmediata y violenta del otro lado. Es así que siempre hubo un sector negociador peronista -- sindicalista o no -- que se extremaba en los intentos de acercarse a sus eventuales enemigos, para llegar a pactos de convivencia, a cualquier costo, incluso el de enajenar a sectores de sus propias bases. Entre los militares y la Derecha en general se daba un fenómeno simétrico.

Es así que en la asunción del mando por el Gral Onganía se vio al metalúrgico Augusto Vandor y a otros dirigentes rendir pleitesía a las nuevas autoridades. Pero ese intento de convivencia no duró, y a los pocos meses el enfrentamiento era muy grande. A pesar de todo, los sectores negociadores nunca dejaron de esperar la reconstitución de una alianza entre Ejército y Pueblo, sin éxito alguno.

Los dirigentes negociadores del peronismo sabían perfectamente que el objetivo del golpe de 1966 era evitar el seguro triunfo justicialista en la futura renovación presidencial. Ellos se consideraban sin fuerzas para cortar la hegemonía militar, pero pensaban poder ofrecer un pacto por el que se los reconociera como comensales junior a la mesa del poder, dando garantías de que de esa manera se radiaría a los sectores más radicalizados de su propio movimiento. Pero este razonamiento, nada absurdo, no pudo cuajar, porque la naturaleza contestataria e incluso violenta del movimiento que dirigían se impuso a sus propias estrategias conciliadoras.

La fuerza organizativa de los grupos de presión en la Argentina, sumada a las características contradictorias del peronismo, fueron la causa del fracaso de todos los regímenes militares argentinos, incapaces de perpetuarse de manera regular, como en Chile o Brasil. En la Argentina todos los gobiernos militares desde 1943 se vieron seriamente debilitados por golpes internos. Estos no se debieron a ambiciones de los militares -- que siempre existen -- sino al hecho de que el carácter conflictivo de la sociedad civil se reflejaba en divisiones entre las facciones armadas, de una intensidad sin paralelos en los otros países. Es que la amenaza que las clases populares significaban para los sectores dominantes en la Argentina hacía que éstos recurrieran a los cuarteles, pero no era suficientemente intensa como para disuadir a aspirantes militares o civiles de usarlas como aliadas contra sus rivales. En Brasil, en cambio, la masa popular no tenía demasiado peso, ni suficiente estabilidad organizativa -- aunque fuera de tipo populista -- como para tentar a las facciones del Establishment a usarla como aliada. Los que la movilizaban lo hacían porque estaban ya jugados en ese sentido, como resultado de alianzas históricas, o sea los epígonos de Vargas. Lo

---

*Development in Argentina: Postwar Counterrevolutionary Policies and Their Structural Consequences*, Princeton, Princeton University Press, 1987; Juan José Hernández Arreguí, *Peronismo y socialismo*, Buenos Aires, Ediciones Hachea, 1972; Oscar Terán, *Nuestros años sesentas: la formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina, 1956-1966*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.

<sup>19</sup>. Guillermo O'Donnell, *El Estado burocrático-autoritario, 1966-1973*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1982; Eugenio Kvaternik, *Crisis sin salvataje: la crisis político-militar de 1962-63*, Buenos Aires, IDES, 1987 y su *El péndulo cívico-militar: la caída de Illia*, Buenos Aires, Tesis/Instituto Di Tella, 1990.

que vino después, con la organización de una fuerza contestataria en el PT, alimentada en la experiencia asociativa de los propios sectores obreros, y de grupos intelectuales de izquierda o católicos, ya es otra historia.